

olvidar la relación existente entre la expansión de la burguesía europea y la mentalidad democrática liberal.

El comentario recuerda en fin, una cita de Gilson, que dice que los católicos "nunca resolverán un problema religioso mediante la solución de un problema político (...), identificar el orden espiritual con el temporal (...), es no sólo unir sino confundir dos cosas esencialmente distintas".

Ya sabemos la fórmula: es preciso seguir repitiendo nuestros preclaros principios **espirituales**. Porque, a lo que parece, la solución de los problemas políticos se logra solucionando problemas religiosos, nada más. El punto de partida es una falsa contraposición entre lo "espiritual" y lo "material". Tras una distinción de este género, es fácil hacerse de un método sencillo de reflexión: el marxismo es materialista porque sostiene que el hombre se determina económicamente; es preciso repetir sin descanso lo de "las necesidades del espíritu": al proletariado hay que ali-

mentarlo espiritualmente; la revolución se hace "desde dentro".

En fin, que nadie se engañe. La izquierda no se define abstractamente. Tampoco una pseudo-izquierda católica (Cfr., por ejemplo, **Comunidad**). La izquierda es una actitud política que se determina en la acción política y en cada caso. Nuestros pequeños burgueses católicos pueden hasta atreverse a hablar del colonialismo en Asia y el imperialismo en Latinoamérica. De todas maneras, tanto los árabes como los guatemaltecos son cosas un poco lejanas y en cambio sirven para cierta elegante ejercitación mental en el progresismo.

"Entonces —se puede decir, citando a Mascolo (**Les Temps Modernes**, 10 année, N° 112-13, pág. 1694)— la izquierda se identifica con las buenas intenciones, uno es de izquierda porque uno no es un malvado, porque uno se hace cierta idea del hombre, y es demasiado visible que fuerzas reales impiden al hombre realizar este ideal."

Ernesto Verón Thirion

## EL HEROISMO SECRETO DE GHERARDO MARONE (A propósito de **Bajo dos dictaduras**)

El autor destina este folleto a alumnos y amigos. Acaso no deje de tener algún interés para quienes no son ni lo uno ni lo otro. **Bajo dos dictaduras** es, en efecto, un testimonio no carente de significación. Sin duda, como juzga quien se ha encargado de publicarlo, no es un **alarde** (poco muestra de qué pudiera alardearse) ni tampoco una justificación (si pretende serlo no lo consigue). ¿Sus contenidos constituyen, como quiere Gherardo Marone, las etapas de "una resistencia y una angustia que me han acompañado por más de la mitad de mi vida"?

Acaso tampoco, no se ve qué resistencia y qué angustia se reflejan en la comunicación burocrática de que el profesor Marone ha sido nombrado para la cátedra de literatura italiana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, o en la carta de Francesco Flora en que comunica confidencialmente al agraciado su designación como profesor a cargo del curso de Lengua y Literatura española en Bolonia, que a lo sumo muestra con serena impudicia ciertos poco edificantes entretelones de la vida académica italiana. Si no son exactamente el testimonio

de una resistencia y una angustia, son al parecer, todo cuanto Gherardo Marone ha podido encontrar en su favor en un momento difícil, y se proponen esbozar una suerte de autobiografía burocrático-espiritual del editor del folleto. En suma, se proponen sugerir esto: Gherardo Marone, viejo y probado antifascista, que se ha hecho expedir certificado por la policía napolitana de haber sido alguna vez vigilado por tal motivo, perseguido por la saña del secretario del Partido Nacional Fascista Starace (aquí el documento, que debía hallarse, según Marone, en los archivos de la Asociación Dante Alighieri, falta, debido a la desaparición total de esos archivos dispuesta por una providencia no se sabe si cruel o favorable, pero el concorde testimonio de los funcionarios —¿también ellos antifascistas?— de la Asociación en 1938 suple esa ausencia), llega a Buenos Aires en 1938. Desde entonces hasta 1946 **Bajo dos dictaduras** prescinde de resumir las nuevas hazañas de su héroe; a partir de la segunda fecha, y bajo su segunda dictadura, Marone se consagra a una implacable campaña antiperonista, a través de sus artículos dominicales en **La Nación**, campaña que se traduce en una serie de homenajes a Croce (que incluyen en el primer artículo, publicado el 3 de marzo de 1946 y redactado antes de la victoria electoral del peronismo, un homenaje al propio Marone y su inquebrantable resistencia democrática). El tono será luego menos enérgico; pero a Marone no le falta la necesaria audacia, y en un artículo sobre **Caravaggio**, pintor turbulento y picaresco, escribe el 10 de junio de 1951, a propósito del clima espiritual de la Contrarreforma, que la libertad es el

aire en que respira y se desarrolla toda cultura. A este rasgo de heroísmo individual debemos agregar una muestra del audaz temple resistente que reinaba entonces en nuestra Facultad. ¿Fue el señor François o el señor Serrano quien, entre una suspensión de alumnos desafectos y un informe a Control de Estado dispuso que la casa se sumara a la cruzada emprendida por el hasta entonces solitario paladín partenopeo? En 1951, en edición de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, aparece un volumen de Marone: **Vittorio Alfieri, poeta de la virtud heroica**, testimonio él mismo de la supervivencia de esa virtud sobrehumana. ¿No se dice acaso allí que para Alfieri “la libertad coincidía con la misma poesía y más aun con la posibilidad de la vida integral, con la moralidad y el carácter? ¿Y —rasgo aun más temerario— no se mencionaba en alguna página el nombre de Ricardo Rojas? Marone no dejó de hacerlo saber al anciano maestro, quien le envió un testimonio de ingenuo y sincero reconocimiento, guardado por su destinatario para tiempos mejores (o acaso peores), en todo caso, para tiempos en que el reconocimiento de Ricardo Rojas pudiese ser útil. Ahora podrá encontrárselo —prueba de la delicadeza y discreción del cultor de la virtud heroica— en la pág. 21 de este folleto. Pero algunas páginas más adelante se encontrarán testimonios menos crípticos del fervor antiperonista de Marone. Tienen un solo defecto: son posteriores a la caída del aborrecido déspota. El 24 de setiembre el diario **Il Mattino** de Nápoles, publica el siguiente telegrama: “Dopo ore angosciose enorme popolazione questa capitale malgrado pioggia torrenziale invade piazze

strade manifestando bandiere fazzoletti grida giubilo commozione fine decennale dittatura. Marone". Y el 26 mediante un telegrama económico a media tarifa destinado a amigos de Roma, Delia y Gherardo Marone celebran la "recuperata libertà questo generoso paese". Así termina con felicidad esta generosa lucha que ha abarcado un tercio de siglo de la vida de Gherardo Marone.

El ideal ético que propone Marone a sus lectores es en extremo discutible: al parecer el papel del docente frente a la tiranía consiste en conceder la adhesión exterior (de la cual quedan en el caso de Marone testimonios que creyó acaso demasiado prolijo introducir en este folleto), en tanto que, mediante alusiones sabiamente cautelosas, da a entender a los iniciados que esa adhesión es tan sólo hija de la prudencia, y que el culto de los valores hijos de la libertad es mantenido por el hombre interior. No se sabe por qué esta grotesca imagen del amor a la libertad que reniega cotidianamente de sí mismo, debía en opinión de algunos, permitir a las nuevas generaciones, que de otro modo quedarían del todo apartadas de la vieja tradición de cultura libre, crecer en el respeto por esos valores oprimidos.

Pero todo esto está algo fuera de la cuestión. En efecto, Marone sólo puede aspirar fraudulentamente al título de héroe de la resistencia pasiva, acuñado por uno de sus colegas de la triste Universidad del decenio. Esta autobiografía en documentos, a ratos curiosamente escueta, lo da ya a entender. Faltan en ella muchas cosas, desde el espectáculo de Marone, en las calles de Buenos Aires, y con el emblema fas-

cista en la solapa, y saludando, como se decía entonces, romaneamente; de Marone publicando en el **Mattino d'Italia**, pero sin compartir la ideología política del diario (esta aclaración la formuló el propio Marone; cuando el diario había sido ya clausurado y la ideología que sostenía estaba proscrita; notemos cómo la límpida trayectoria ideológica de nuestro héroe parece requerir estas periódicas aclaraciones, vinculadas con ciertos cambios políticos). Y faltan también muchos testimonios de estos años confusos en que Marone otorgó, una tras otra, sucesivas muestras de adhesión a un régimen que lo perseguía con crueldad inaudita, hasta alcanzar el intolerable vejamen moral de concederle licencia **sin goce de sueldo** (el subrayado es de la indignada víctima).

Acaso todo quede bajo una luz más justa si lo interpretamos juntamente con el desencantado comentario que Giovanni Ansaldo, director del **Mattino** de Nápoles, agrega al demasiado entusiasta telegrama del "amigo Marone", y que éste ha prescindido de traducir. "En cuanto a las manifestaciones de la multitud, más que conmovernos, nos inspiran un vago sentimiento de piedad"; Ansaldo está demasiado seguro de que se trata de la misma multitud que en los días del triunfo había aclamado al ahora caído dictador. Esta convicción guió toda la carrera de Ansaldo (también él antifascista hasta que pasó a dirigir el diario de propiedad del conde Ciano). Su triste moral enseña una sola cosa: a estar con el vencedor. ¿Esa ética desengañada, fruto de una experiencia larga y amarga, no explica todo lo que las reticencias y las verbosidades de **Bajo dos dictaduras** no alcan-

zan a explicar?

Es esta una conclusión algo problemática. Si se quiere otra menos discutible, será ésta: el señor Marone está dispuesto a seguir siendo profesor de literatura italiana en nuestra Facultad, sin preocuparse de lo que acerca de su ciencia y de su decoro opinen sus alumnos. Y para ello está dispuesto a muchas cosas, desde mostrar su ulcerado corazón y su foja de servicios sabiamente depurada de toda terrena escoria a la curiosidad de alumnos y amigos y otros que no son lo uno ni lo otro, hasta mostrar su despam-

panante persona recientemente condecorada a la admiración de los espectadores de la T. V. ¿Logrará o no logrará Marone enseñar lo que afirma que sabe a alumnos que lo desprecian? En el primer caso podremos deducir una moraleja trivialmente cínica, en el segundo una trivialmente moralizante; mientras tanto, como moraleja más pedestre y del todo provisional, acaso útil sin embargo a los señores Flora, Rojas y varios otros, propondríamos ésta: "no escribas nunca cartas privadas al señor Marone".

H. L.

